

cunstancias, en primer lugar, á los actuales habitantes de Patagones y Bahía Blanca, y en segundo á los pobladores casados nacionales ó extranjeros.

Art. 5.º — Comuníquese al Poder Ejecutivo.


Lo que el infrascrito tiene el honor de transcribir á V. E. para los efectos consiguientes.

Dios guarde á V. E. muchos años.

FELIPE LLAVALLOL
Alejandro M. Heredia.
Secretario.

Noviembre 3 de 1855.

Cumplase, acúcese recibo, comuníquese, publíquese é insértese en el Registro Oficial.

Rúbrica de S. E. 
RIEYTRA.



Por Don Luis Dominguez

LA
HUERFANA DE PAGO-LARGO.

NOVELA
HISTÓRICA ORIGINAL

obediencia servidora DE

Francisco Lopez Torres.

UN TOMO.

BUENOS AIRES.
Imprenta del Plata.
1856.

Cup. 405. a. 7.

LA HUERFANA

DE

PAGO-LARGO.

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

DE

FRANCISCO LOPEZ TORRES,

DEDICADA

Al Sr. Dr. D. Manuel G. Argerich.



BUENOS AIRES.
IMPRENTA DEL PLATA.
1856.

LA HUERFANA

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL



BUENOS AIRES.
IMPRENTA DEL PLATA.
1856.

LA BUENA VISTA

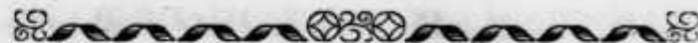
NOVELA ORIGINAL

FRANCISCO LOPEZ TORRES

LA BUENA VISTA



BIBLIOTECA DEL ESTADO DE BUENOS AIRES



DEDICATORIA.

Al Sr. Dr. D. Manuel G. Argerich.

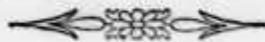
Dignaos, amigo, recibir la dedicatoria de este libro como una expresion de mi gratitud—Me habeis alentado el corazon con las esperanzas de un deseado porvenir. Cuando creia mi nombre perdido para siempre en la noche de la vida, cuando solo ambicionaba el reposo y tranquilidad de un oscuro ciudadano, la suerte me hizo conocer y encontrar en vos un amor sublime á nuestro pais, y una inteligencia tan noble como luminosa. Me hicisteis aspirar á una carrera que bien puede hallarse mas arriba de mis fuerzas. Me abristeis una senda para llegar á ella; hé aquí la primera humilde flor que he podido arrancar del prado en que me encuentro.

A falta de un esquisito perfume, la hallareis al menos medicinal.

Todo vuestro—

FRANCISCO LOPEZ TORRES.

Buenos Aires, Se- }
tiembre 22 de 1856. }



LIBRERIA



INTRODUCCION.

La obra que hoy ofrezco al público espero que merecerá alguna indulgencia—Es mi primer ensayo, tengo aun muy pocos años y nunca he cursado las aulas. Cuento solo con la justicia y verdad de mis opiniones.

La novela que es en nuestros tiempos el libro mas leído de la juventud y muy particularmente de nuestro bello sexo, no debe ser frívola ni superficial. La historia del género humano es preciso que se ligue íntimamente con ella. Si no es así, los padres harán un bien á la ciencia y al porvenir de sus hijos prohibiéndoles estas lecturas. Que el jóven desde la edad de doce años aborrezca los tiranos, adore la libertad, practique la virtud y combata los abusos de la Iglesia. Que la muger no sea ya ignorante ni indolente. Que en el siglo XIX, siglo de la civilizacion y de las luces, no den al fruto de sus entrañas puramente el alimento material, sino tambien el intelectual. Este es mi objeto; por él arrostraré todas las burlas que tal vez reciban mis primeros trabajos; por él desprecio la rabia de los tiranos.

INTRODUCCION

Las obras que hoy ofrecen al público...



LA HUERFANA DE PAGO-LARGO.

El 13 de... partí del puerto de Corrientes desprendiéndome con dolor de los brazos de mis amigos.

Un viento fresco hinchó los velos de la nave, y ligero me ocultó los caros objetos de mi amor....

Cuando ya las mas altas torres de la ciudad hubieron desaparecido á mi vista, volví los ojos suspirando hácia el pintoresco panorama que me presentaba la mano del supremo artífice.

El Chaco aparecia con toda la magestad de su belleza. Los árboles agitados por el sur de muchos siglos, inclinaban hoy sus cabezas rejuvenecidas con las galas de la primavera. Una naturaleza viva, bulliciosa, en-

cantadora, reinaba en él. Aves de mil variados plumajes cantaban alegres sus dulces conquistas, la ternura de sus amores y la muelle existencia que les fué dada desde el primer gorgo en su cuna de flores. Piaban unos, brincaban y volaban otros, preludivan éstos y bañábanse aquellos en las mansas ondas.

El sol reanimaba esta escena preciosa de los bosques, y con luz de fuego doraba las aguas del magnífico Paraná.

Eran las dos de la tarde y surcábamos gozosos un mar de oro.

El país de los correntinos se veía también en cual otro Paraíso; pero aquí los montes de cedros y de pinos se trocaban en deliciosos jardines; los naranjos y limoneros descollaban entre gran variedad de plantas con toda su agradable lozania; los unos revestidos de nevados y aromáticos panales, enriquecidos los otros con millones de manzanas celestiales



Estático de placer contemplaba estas maravillas del Creador, y horas enteras hubieran pasado, dejándome en aquella embriaguez de poesía, si no me hubiesen avisado que era tiempo de comer.

Bajé silencioso al comedor y me senté á la mesa.—Cuando me levanté de ella, era ya de noche.

Un espectáculo mil veces mas grandioso que el primero, se presentó á mi vista, así que subí á cubierta.

Hemos echado el áncora.

Más allá del palo mayor están los marineros formando una rueda. Oyen la relación de los hechos gloriosos que se sucedieron en la Italia el año 48, contados por un republicano, escucho de léjos sus palabras impregnadas de un santo patriotismo.

De cuando en cuando oigo estremecido las maldiciones con que prorumpen contra los miserables tiranuelos de la Europa, y si-

ento una dulce melancolía cuando resuena en mi corazón el triste canto con que saludan á los mártires de la libertad.

Solo uno está aparte de los demás; inclinado sobre la borda y arrojando al aire el humo de su pipa, mira con indolencia las plateadas ondas que lamen suavemente los costados del barco. Y mas allá un viejo marino, recostado sobre los cables enrollados en figura de caracol, busca en el estrellado cielo la sombra de su hijo, arrebatado á sus caricias por las balas del Austriaco.

El firmamento se muestra en todo su esplendor. Cuajado de mundos de diamante, deja ver en medio de un mar de luz clara y apacible, á la encantadora sirena de las noches. De que torrentes de placeres no me inunda! En esa hora de calma penetré con ella en los tesoros de lo bello y de lo infinito. El nombre de Dios está inscrito en la mansion de los astros. La Bondad, la Miseri-

cordia y el Perdon son la corona de las letras divinas que lo espresan.

Humilde y lleno de unción me incliné reverente ante la grandeza del Creador. Largo rato rebozó mi corazón de amor y de felicidad! Volando mi alma por los espacios del empíreo, no sintió el aliento abrazador de los hombres. Regiones de paz, exclamé, cuan desgraciados son aquellos que no os han admirado!

Eran las dos de la mañana y yo aun permanecía en mi actitud contemplativa.

Todos duermen y el mayor silencio me rodea.

El viento renace y rizando suavemente las aguas, hace oír los blandos acentos de los misteriosos habitantes del abismo. El Chaco y la ribera derecha del Paraná proyectan su sombría mole sobre el río que cual un lago de los génius, todo él es luz, brillo y frescura.

A lo lejos se ven hogueras prendidas por los salvajes. De rato en rato llegan hasta mí sus alaridos ó gritos de danza. Los rugidos del tigre pasan de una á la otra costa llenando de terror á la natura. Algunas aves despertadas por estos ruidos y atemorizadas por el fuego vuelan despavoridas al rededor de nuestro buque. Este cuadro viene á ser completado por los carpinchos, que en tropillas y silenciosos vaden el río. Ebrio de simpáticas emociones bajé á la cámara y me arrojé en brazos de Morfeo.

ms cultas pertenencias y una colina y otros
con el ligero viento que sopla desde el N.
El capitán que me habia hecho venir
de la compañía que me habia enviado
aprovechando el tiempo que me quedaba
para hacer un buen tiempo.

II

Dos días hacia que gozabamos de una brisa favorable. A nuestro paso encontrábamnos infinidad de buques anclados. De cada uno se desprendía un bote que se acercaba á saludarnos. Despues de habernos pedido cuenta de nuestras mútuas necesidades y darnos respectivas noticias, nos tendiamos la mano y cambiabamos uno que otro regalo.

Estas costumbres patriarcales me agradaban sobre manera; por desgracia, un día se interrumpieron!

Era el 20 de Julio.

Concluía la tarde y la atmósfera se hallaba preñada de negras nubes.

Las olas empiezan á moverse con ruido

sordo y espantoso, y una calma repentina sucede al ligero viento que soplabá.

El capitán que no había hecho caso de la tempestad preparada desde la mañana, se apresuraba á acercarse á la costa para amarrazar; pero no tiene tiempo!

La borrasca empieza
Se ilumina la naturaleza como al resplandor de un incendio! desencadenanse los elementos! brama el viento, rugen las aguas, retumba el trueno, gime de espanto la tierra! Los árboles tan viejos como el mundo, son movidos como tiernas yerbecillas y el tranquilo y magestuoso Paraná se agitaba por las furias del Averno! Sus olas son montañas! Negro, indómito y terrible nos lleva al abismo, cual el ángel de las tinieblas! Y nuestro buque es un cisne perdido en las comarcas de la Agonia. Desmantelado, roto el timon, silvando las vergas, vuela por los espacios llevando en su seno el terror, las lá-

grimas, el arrepentimiento, el último adios! Cual clama por su hijo! cual llora por la esposa! Madre mia, esclama el uno, os dejo... y en la ancianidad y miseria! Mi Rosa, dice el otro, adios, adios por siempre! Perdona, oh Señor al que desconoció tu gracia! se oye aquí á un hombre que olvidó la virtud! Dios mio dice un clamor general, recibidnos en vuestros brazos!

La embarcacion arrebatada en el torrente de agua que la impelia se elevó horriblemente pero... salva por milagro los añosos árboles que arranca y arroja la tempestad! mas un golpe furioso la hundió y ay, no vi ya!

Era el amanecer y la voz del chorlito anunciaba el fin de la tormenta cuando yo salía de un profundo desmayo.

Revestido se hallaba el cielo de un co-

lor de púrpura y las estrellas despedían los últimos reflejos de su luz diamantina.

La naturaleza se mostraba hermosísima.

Arboles cuyas copas se habían bañado en la luz de muchos siglos, levantaban hacia la morada de los ángeles sus frondosos ramos empapados aun con la lluvia de la noche; tendidos otros por el suelo, complaciáanse en bañar sus floridas cabelleras con el oro de las blandas olas. Cantaban con voz melodiosa la venida del astro diurno, mil clases de desconocidas avecillas. Una multitud de animales selváticos salían disparando y con gran ruido, de sus cuevas; los unos subían á los esbeltos pinos; trepaban los otros por enramadas inaccesibles.

Mas allá, veíase el Paraná apenas ondeado por el aire de la mañana. Parecía que aplacado su enojo quisiese admirar las galas de la preciosa Aurora.

Nuestra goleta se balanceaba muellemente sobre un límpido arroyuelo, y besaba con sus jarcias la melena sedosa de unos sauces que coronaban á una jóven isleta.

Así que abrí los ojos y me hallé ante éste espectáculo tan risueño, sentí una emoción tan tierna que jamás podré expresar.

Rodeado estaba de mis compañeros, sus rostros placenteros me decían la dicha de sus almas. No podían hablar de contento; al fin, abrazándome conmovido uno de ellos, me dijo, que una ola extraordinaria nos había arrojado á la especie de seno que formaba la isla con la costa, dándome el tremendo golpe que me dejó sin sentidos.

Llenos de reconocimiento al favor de Dios, nos postramos de rodillas, y fija la vista en los campos rosados del Oriente alabámos al Señor.

El mismo día bajamos á tierra, en busca de leña y caza. Tomámos un hacha y dos escopetas, y pasamos por un puente improvisado de un tablon que venia á bordo.

Pronto se apartaron los cazadores de los montaraces, tomando yo, que era de los primeros, la direccion que me pareció mejor.

Vagando por los deliciosos sitios de la selva y cargado ya con una buena presa, llegué á recostarme sobre el agradable tapiz de una pradera. El sueño embargaba dulcemente mis sentidos y la imaginacion se representó por unos instantes mil ideas poéticas; tan pronto me consideraba el rey del desierto y el ruiñeñor de las aves, como el animal mas humilde de los que componian la

salvaje; asamblea; ya era un amante desgraciado cuyos gemidos corriá á ocultar en el tronco de una encina, ya el sublime anábreta, parado sobre una roca, sin mas horizonte que la inmensidad de los espacios, contemplando admirado la grandeza del Créador. . .

Muchas mas flores libára mi pobre abeja, si un leve ruido producido á mis espaldas no me hubiese hecho volver la cabeza.

Cual no sería mi sorpresa y admiracion, encontrándome frente á una jóven bellisima que me miraba con todo el ardor de sus negros ojos!

Una túnica de algodón apenas le resguardaba los tesoros mas codiciados que apiló natura;— una blonda cabellera, mas suave y reluciente que el ébano, besaba atrevida las formas mas seductoras que injeniaron los amores. Tenia el cutis de lirios y rosas; la boca mas voluptuosa que un baco, y era lo

mas encantador su actitud noble y sencilla. De pronto su mirada penetrante se trocó en dulce y melancólica, y sin dar tiempo para que me levantara, me preguntó con tierno acento.

—Viagero, que buscas por estos parajes solitarios?

—La paz y el silencio, Señora.

—Como, no se goza de tranquilidad entre los hombres?

—Es grande felicidad saber llorar sus crímenes.

—Pero Dios mio, que todos ellos son tan perversos!

—El vicio, oh hija de los bosques, domina á la mayor parte.

Después de un breve intervalo de tiempo, durante el cual yo pensaba tristemente en la verdad de mis palabras y en la jóven que me las hacia pronunciar, la voz de mi admirable interlocutora volvió á interrumpirme,

vibrando esta vez lúgubremente en mis oídos.

Dime, hermano, murió Rosal? No, contesté mirando á la jóven, que levantó los ojos al cielo como reconviniendole su pureza. Comprendí su corazon y añadí presuroso: pero Dios quiso que arrastrára antes por la tierra, la pesada cadena de los remordimientos.

¡Bendita sea tu bondad, oh Redentor mio! exclamó la misteriosa mujer cayendo de hinojos al suelo.

Perdona, hermano mi pregunta, prosiguió; tú fuiste una de sus inmortales víctimas?

—No, mi hermana, respondí usando tambien de tan tierna palabra; por desgracia, era muy niño, cuando el bárbaro con sus cien puñales degollaba á la patria. Sin embargo, fuí uno de los muchos que sangraron sus uñas de buitre.

—Razon tenía, exclamó la joven estrechándome contra su pecho, en apellidarte oh viajero con el dulce nombre de hermano. Si lo domas, en religion, o ponion y dolor! Quieres ahora saber quien soy, o cuales son mis aventuras!

—Ay, mi bella hermana, dije viertiendo lágrimas de contento, desearia escucharlas cuanto antes.

—A pesar de los amargos recuerdos que van á despertarse en mi alma, voi á referirte hermano mio, mis desgracias. La historia de una salvaje saldrá sin esplendor de sus lábios, pero estoy segura, que por lo que es en sí, ella sabrá agradarte.



La Neerlandesa de Pago-Largo.

Capítulo I.

La joven habló así:

—Me llamo Trinidad Larra.

Mis padres fueron D. Lisandro Larra y Doña Julia Cortés. Porteño el uno y tucumana la otra. Su vida se hace interesante desde un viaje que hizo aquel al interior de las Provincias.

D. Jorge Urbal que acompañaba á mi padre en ese paseo, y á quien le ligaban los lazos de la amistad mas estrecha, llegó por desgracia á ser su rival en Tucuman. Ambos amaron á mi madre.

Urbal, bello, simpático, amable y seductor ocultaba un corazon falso y un alma baja. Nunca revistió el demonio del disimulo y del

vicio formas mas engañosas. Sus ojos de un azul profundo, dejaban leer un mundo de virtudes nobles y de hermosos sentimientos.

Este hombre perverso arrojó un dia la máscara de la hipocresía y mostró con sarcasmo la pasión infernal que encendia su pecho.

Una vez que mi buen padre compadecido de su antiguo amigo habia jurado sacrificar la vida á la felicidad de Urbal, se dirigió con el corazón traspasado de dolor á casa del ángel de hermosura que iba á olvidar, segun él me decia despues, en el silencio de un sueño eterno.

Sorprendido se hallaba en aquella cuando, despues de un rato de espera, nadie habia salido á recibirle. Impulsado por un efecto de curiosidad, entró á la sala y antesala, pero no encontró á persona viviente. Estaba por salir, cuando oye lleno de zozobra unos gritos sofocados en una pieza inmediata. Por un instinto involuntario vue-

la hácia ella, y voltea de un empujon la puerta.

Oh, cuan grande no seria su indignacion descubriendo al vil y traidor amigo por quien él despreciaba la dicha, jadeando por cometer el crimen mas despreciable de todos los crímenes. Mi madre desmayada en brazos de Urbal no tenia ya fuerzas para defenderse de sus bestiales caricias, de tal modo que, oh protector de la inocencia! aquel hombre estuvo á punto de arrebatarle la joya mas preciosa de la muger.

Mi padre enfurecido tomó al infame del pesonezo y no dignándose arrancarle tan abominable existencia, lo arrojó por un balcon al medio del patio.

Es inutil contarte, hermano mio, la escena que se siguió. Basta decirte que Urbal habia hecho salir á mis abuelos y á los criados por inconcebibles embustes. Luego que volvieron á casa y supieron por boca de su

hija, la desgracia á que habian estado espuestos, no encontraban palabras como expresar á mi padre su agradecimiento. Este y mi madre llegaron á ser demasiado felices, el dia que la iglesia bendijo sus amores.

A los ocho meses de casados pasaron á Buenos — Aires, y al poco tiempo nací yo en aquella ciudad. Allí les dijeron que Urbal estaba en Entre — Ríos, su pais, y que habia seguido la carrera militar. Olvidándole para siempre no tuvieron otro pensamiento que el mio, otra dicha que satisfacer mis mas minimos deseos. Tambien mis primeras sonrisas se dirijieron á ellos, y en ellas les espresaba el intenso amor que les tenia mi corazon.

A la edad de siete años mi madre se dedicó particularmente á instruirme y educarme el alma. Yo causándole el mayor gusto, hacia progresos por ambas partes. No se habian concluido aun seis meses cuando leia y escri-

bia regularmente, y bondad del Señor! durante tan corto tiempo aproveché cual ninguna las sabias lecciones de moral que me daban. El cielo se compadeció de mi ignorancia y debilidad, viendo en sus altos destinos que pronto caminaria sin mas báculo que el dolor por el dorado palacio de las miserias.

Si, hermano, prosiguió la jóven enjugándose con el manto dos perlas preciosas que ornaron sus rasgados ojos, una terrible persecucion fué el premio de las virtudes de mis queridos padres.

Rosas odiaba al autor de mis dias.

El carnicero juró beber su sangre en la misma copa teñida yá con las de muchos gloriosos Argentinos. Y el cielo para hacer mas formidable el peso de su justicia, permitió que el tirano saciase su sed infernal.

La hora fatal se adelanta á grandes pasos!

— 28 —

Capítulo II.

Fue una noche tenebrosa,
A favor de su denso velo pudimos burlar
la vijilancia de los espías del Neron del Plata
y embarcarnos en una chalupa que nos aguardaba en la rivera.

El viejo marino que la conducia era el patron de un patacho que partia para Corrientes. Los favores que debia á mi padre lo decidieron en el momento á librarnos de las garras del monstruo, y al mes nos dejó felices en aquellas playas hospitalarias.

Gobernaba entonces las provincia Veron de Astrada, ciudadano virtuoso y enemigo desgraciado de los caudillos.

Animado de estos nobles sentimientos, se aprestaba en aquel tiempo á combatir con

el execrable Calígula. Sin medios algunos esperó que á la mágica palabra de los hombres, se ofrecerian mil pechos para romper las lanzas de la torpe tirania. El buen patriota no se engañaba.

Corrientes toda, se levantó en masa para defender la causa sublime de los pueblos, A tan espontaneo movimiento lució la aurora de su nombre inmortal; y en los campos ensangrentados de Pago-Largo se juró venganza á los verdugos de la humanidad.

Los heróicos marcharon á la pelea!

Mi padre quiso participar de sus laureles de victoria ó de martirio, y acompañado de nosotras, alcanzó al ejército y entró en sus filas. Este, sabrás mi amigo, se componia de bisoños, y al Jeneral dias antes de la malhadada sorpresa de Pago-Largo, se le prodigó un veneno que le robaba lentamente la razon. Asi es que, envalentonados los enemigos con los pocos obstáculos que tenian que vencer

para asesinar las falanjas de la libertad, se acercaban hambrientos á encontrarnos. Acampado nuestro ejército en una fértil llanura, observaba con temor la especie de somnolencia en que había caído Verano de Astrada, pero soldados inexpertos, no se imaginaban la gran ruina á que ella nos exponía. ¡Ay, cuán pronto y terrible apareció la plaga asoladora de los rendidos!

Levantada recién de la cama, caminaba á recibir la bendición paternal, cuando sentí por el lado del campamento un tumulto y estrépito sorprendente. Entró en ese mismo instante papá, me toma en sus brazos, corre dó estaba mi madre y nos cubre el rostro de besos.

¡Salvémonos! ¡salvémonos! era lo único que repetía sin atinar donde llevarnos. Nosotras asustadas nos pusimos á llorar.

Derrepente oímos por nuestra tienda voces y gritos desesperados. Palabras ob-

cenasy juramentos diabólicos se siguieron. . . . Entonces todo fué en nosotros confusión y llanto! . . . Arrodilladas con mi madre pediamos al cielo nos protejera del malvado enemigo . . . Mas este había logrado sorprendernos y ejecutaba una carnicería horrible! . . . Mi padre estendia la vista por todas partes buscando un refugio, pere en vano! no veia sinó indefensos correntinos perseguidos y lanceados por los satélites de Urquiza; á despreciables soldados sin conocimiento alguno del perdon que se debe al vencido.

Rosas! Urquiza, exclamó Trinidad, degolladores implacables, en aquel memorable dia fuisteis malditos por veinte mil familias anegadas en llanto! Ministros asquerosos de Brakma, no visteis en la hora triste de vuestra infernal rabia, á cinco mil mártires pidiendo justicia á las puertas de los cielos? Creis serpiente de la América, que Dios la negará! . . . Temblad!!!

Yo no pude resistir, prosiguió la jóven, á un espectáculo tan bárbaro como doloroso quise abrazar á mis padres, mas me flaquearon las piernas y caí al suelo desmayada.

Alegres carcajadas me volvieron el sentido. Abrí atemorizada los ojos y llena de asombro y terror me encontré en medio de caras desconocidas; á no ser por el crimen que á todas sellaba.

Sin poder articular palabra aparté la vista de aquella turba de demonios y la dirigí hacia la parte de donde partian unos lastimeros gemidos.

Ay, cual fué mi dolor viendo al pobre ordenanza de mi padre, cubierto de heridas, estirado sobre cuatro estacas y consumiéndole la hoguera que ardía bajo sus carnes. Estremecida, levanté al cielo mis manecitas y di un grito tan compasivo que creí penetró hasta el alma de aquellos bandidos; mas fué una sensacion bien instantánea; el sa-

crificio estaba preparado y la Hama los embriagaba de placer!.....Cielos, el pobre Antonio comenzó de nuevo á prolongar sus ayes!.....Se torcia todo el cuerpo.....le penetraba hasta las entrañas el aliento de Satan!.....Suplicaba á los cobardes martirizadores que le quitaran la vida, pero, cuadro desgarrador de la especie humana! los caníbales de Urquiza contestaban con sardónicas risas!!.....

El infeliz se dirigió á Dios, quien al cabo compadecido de sus desdichas, le hizo devorar con una lengua de fuego.

Pronto presencié una escena mil veces mas terrible para mí. Unos hombres chorreando sangre y maldiciones, arrancaron á mi desgraciado padre de los brazos de su esposa.

¡Querido papá, dijo la infortunada jóven postrándose de rodillas y estendiéndolas manos al cielo, pasasteis por mi lado y apénas

podisteis decirme: hija mia, hija de mi vida! bendita seas! . . . Despues una fibra me presentó vuestro corazon palpitante: aun! Yo ví entonces temblar los cielos! Yo ví llorar al hijo de Dios! sus lágrimas caerán como fuego candente sobre la conciencia de los culpables.

La jóven prosiguió sentándose:

La pasión funesta que hizo un dia á Urbal traidor á la amistad, le hizo despues un hombre el mas abominable.

Escarnecidas y maltrafadas, nos llevaron al campo de los vencedores, distante unas diez cuadras de nuestra tienda de campaña. La tierra estaba cubierta de cadáveres. Teníamos que saltar á cada paso por no hollarlos. Mi madre parecia que iba á exhalar el último suspiro, y el raudal de mis lágrimas estaba agotado.

Llegadas al campamento nos acomodá-

ron bajo una tienda algo apartada de los demas prisioneros.

Seria preciso horas enteras, hijo del hombre! para pintarte aquella noche matadora! pero no tengo tiempo, ni podria recordar tanto horror! Sabed únicamente, que Urbal, el antiguo rival de mi padre nos tenia en su poder, y que atosigado por un vil apetito y sediento de venganza, me colmó de tormentos para que suplicase á mi madre se entregára en los brazos del asesino de su esposo; porque él mismo señor, añadió la huérfana desgraciada, el mismo Urbal envaneciéndose de su espantoso crimen, dijo haberle arrancado pedazo á pedazo el corazon! . . . Mas aun, juró á mi madre sacarme el cutis, como Echagüe y Urquiza lo acababan de hacer con Veron de Astrada, para enviar un digno presente al tigre argentino; sino accedia en el instante á sus deseos. Como defenderse una débil paloma entre las uñas del águi-

¡a!.....mi madre entregó el cuerpo á las impurezas del miserable.....

A los quince dias de embriagado Ubal con la satisfacción de sus pasiones, voló la que me dió el ser al reino de los justos. Juzgo cuan lacerada quedaria mi ánima en el camino solitario de la vida. Unicamente el firmamento tachonado de estrellas y la luna recorriendo sus eternas inmensidades me aliviaba el ser endulzando mi floro con un pensamiento de justicia.



Capítulo III.

Se iban degollando los prisioneros de Pago-Largo; y para hacer mas amargo el acibar de sus últimos momentos, la sangre de un infeliz salpicaba el rostro del amigo, y el hijo moria descuartizado en presencia del padre, de la madre y del hermano. Solo se salvaron los niños de diez años para abajo; yo fui uno de ellos y me dieron de esclava á un soldado.

Tres años hacia, oh hermano, que soportaba este pesado yugo. Jamas podré decir las penas por que entonces pasé. Era aquel hombre tan bruto como inmoral. Le enojaba mi virtud, y los medios con que trataba de aniquilarla eran los azotes. Tenia dos hijas á quienes habia transmitido sus

sentimientos depravados. Ambas me insultaban y castigaban por la menor inadvertencia.

Se levantaba nuestra choza, tan miserable como sus moradores, en una de las altas y doradas barrancas del Entre-Ríos. Así que podía apartarme de mi nueva familia corría á escuchar, ya las maravillosas músicas de los alados artistas saludando al rey de los astros; ya los dulces coloquios de la tierra cuando la virgen de los amores se paseaba meditando por la esplendorosa bóveda. En aquellas horas de ambrosia elevaba mi voz al Hacedor de los encantos, pidiéndole estendiera el manto de amor sobre las almas de mis padres, y el manto de justicia sobre este valle de lágrimas.

Un rayo de luz resplandecía luego en mi frente, y el corazón gozaba de una dulzura inesplicable. Ah, cuantas veces creyéndome la más feliz de las mugeres, canté alaban-

zas al Señor! ¡Cuantas tardes después de haber sido machucados todos mis miembros por la barbarie de mis opresores, rogué al cielo que si debía gustar de aquellas horas de amor y religion, concluyesen así mis días!... Dios fué aun más bondadoso.

Mis años dejaronme un día sola. Asistieron á las fiestas que se daban en la Paz, aldea cercana, no recuerdo con que motivo.

Considera cual sería mi contento, viéndome libre por algun tiempo de reprensiones y azotes! Corrí alegre por los prados. No tomaba otro alimento que frutos silvestres. Tan pronto me dormía sobre el tierno musgo que cernía á una plácida y escondida fuente, como imitando el arrullo de la torcaz, me quejaba tristemente de mi infortunada horfandad. Entusiasmada otras veces ante las maravillas de los bosques prorrumplía en himnos al Eterno y esclamaba así en medio

de mi reconocimiento: “¡Cuan hermoso será el apartado imperio de mis amados padres! Es allí donde se halla el origen de todas las luces, el manantial de todas las virtudes, la belleza mas magnífica de todas las bellezas! Es allí donde el aire es aroma y seráfica musicalos sonidos! Es allá en fin, dó todo es canto, todo poesia, todo felicidad! ¡Y, quién es aquel que conociendo esta armónica divina no dirá que es corto y liviano el camino de la vida! Ann si el fuese de tinieblas, yo alabaría á mi Dios, pues que mas espléndido sería entonces el banquete de los espíritus.”

Viagero amigo prosiguió la santa poetiza apoyando su tersa mano sobre mis hombros, la verdad cayó de tus labios cuando dijiste que era la mas dichosa la vida del ermitaño. Sin la nube impura con que vanda la sociedad los ojos del hombre, él particularmente puede saber el precio de las cosas que nos rodean, y descorrer un tanto el velo

que oculta la frontera de la inmortalidad. él únicamente habla siempre con Dios, porque siempre su alma está exenta de mancha!

Sentada me hallaba una tarde en la rivera.

El rio parecia un espejo.

El sol se ocultaba, y los altos cedros besaban por vez postrera sus lanzas de oro.

Una brisa apénas perceptible arrojaba de cuando en cuando leves ondas de celestial perfume.

Cinco dias que no veia á mis opresores, y pensaba con desasosiego que no tardarian en volver. Mis ojos se nublaron, rebotó mi pecho de amargura habian pasado momentos tales!

Largo rato quedé con la cabeza apoyada entre las manos Unos golpes lejanos producidos en las aguas me hicieron levantar la vista. Acababan de resonar en mi corazon como una ansiada voz de amparo!

Pocos instantes despues vi salir por de

tras de unos peñascos, una canoa manejada por un apuesto mozo. Ambos me causaron admiración. Este de color moreno, le poblaba la cabeza una melena suave y negra como la seda; tenía ojos del mismo color, con un tinte de melancolía y llenos de dulzura; pestañas larguissimas, labios de coral y una nariz tan bella como la del divino varon que mi madre suspendia á la cabecera de su lecho. Era mas alto que tú, oh viajero, y vestia un traje de cuero de tigre.

La canoa tambien era muy singular. Construida de cañas reatadas con látigos de mimbre, se balanceaba lijera y hendia el liquido con la rapidez del aire.

Yo que, sorprendida contemplaba á su conductor, no me fijé que cual una flecha llegó á clavarse á mis pies. Cuando á pesar del primer ímpetu, quise disparar, el desconocido poniendo la planta en tierra y deteniéndome con el brazo, me dijo:

¿Porqué huís, oh reina de las soledades! Acercaos á mi flor, la mas gallerda de las selvas; venid con vuestra fragancia á salvar á mi madre! Os he visto desde la opuesta costa y he corrido á pedir os auxilio áun! Me habré engañado! Acaso sois una leona que quisieris fuese huérfano?

Sin madre, contesté, sosegándome, ay, cuán triste es eso!

Vos lo conoceis!... Que dolorosa será sin su presencia la perspectiva del universo! No habrá palmo de tierra que junto con ella no lo hayamos pisado, árbol gigantesco á cuya fresca sombra no hayamos dormido, serena laguna en que no esté retratada su sombra, luminar brillante que no lo hayamos admirado en nuestro lenguaje de amor, santa oracion que no nos recuerde una voz melodiosa, un corazon puro, unas lágrimas felices!... Seguidme, añadió el joven

saliendo de su respetuoso enajenamiento, seguidme, sirena encantadora, y juro idolatrar-te mientras viva!

Largo rato quedé suspensa y sin saber que responder; mas viendo el rostro abatido y suplicante del tierno adolescente exclamé cayendo de rodillas.

¡Dios mio, habeis escuchado mis preces! Me librais de un poder tiránico y ordenais que socorra al aflijido. Alabado sea vuestro nombre!

Señor, seguí dirijiéndome al noble jóven, estoy pronta á beber si es posible, el cáliz de los padecimientos! Os sigo.

—Gracias ángel mio! Subid á la canoa, que la que concibió á Augusto os bendecirá.



Capítulo IV.

Media hora despues pisábamos el Chaco.

En lo mas recóndito de un bosque y bajo el techo de una humilde cabaña encontré á la madre de Augusto. Apretaba en ese instante un crucifijo contra su hundido pecho y pronunciaba dulcísimas palabras de verdad y relijion.

Madre mia, exclamó Augusto arrojándose al lecho de muerte, aquí está vuestro hijo, vengo á cuidaros mucho! El cielo me ha dado para ello una nueva compañera.

Hijo mio, contestó la moribunda dirijiendo á mi amigo una mirada benévola, mi único bien sobre la tierra. . . . Dios ha dispuesto que nos separemos. . . . Inclínemo-

nos obedientes ante sus decretos. Este es el deber del hombre que se encontró existiendo sin saber porqué, ni hasta cuando? . . . Cuando tú dormías mi Augusto, cuando te alejabas de mí, los aires llevaban el eco triste de mis suspiros, y sus besos enbalsamados no podían enjugar las lágrimas que corrían por mi rostro. He sido desgraciada. . . . muy desgraciada! y sin embargo jamás acusé al cielo de injusto. Si lloraba, hijo mio, era por la perversidad del género humano. Augusto, sé bueno, practica la virtud, aunque vivas solo nunca debes olvidarla. La muerte será entonces el fin de las desdichas y el principio de la gloria. Voy á legarte el secreto de mi vida, y de tu existencia. En estas páginas te revelaré todo; añadió sacando un librito de memorias de bajo la almohada. No olvides al hombre que causó mi ruina. bastante punzantes deben ser los

remordimientos que roen su conciencia.

En seguida me habló, y así que le hube dicho, quien yo era, se compadeció de mi suerte; me dió por esposa á su hijo, bendiciendo nuestra union, y añadió, que agradecerian á Dios nuestros amores, si sepultados en esta alegre soledad conserváramos puros nuestros deseos y dignos nuestros pensamientos.

Entonces arrodillados junto á mi nueva y buena madre, la ayudamos á orar por el bien de su alma.

Una hora despues vi perderse aquellas gracias marchitas en el horizonte de la eternidad. Los montes se conmovieron á los gritos dolorosos del hijo desdichado y brotaron los jazmines de la tierra que regó su llanto. Abrazado de aquellos restos queridos se olvidaba de la amiga que tenía á su lado y no escuchaba la voz de la razon. De balde le recordaba las palabras de su madre al morir; sus facultades estaban embargadas,

el corazón era un mar de amargura.....

Tres días se pasaron así. Durante ellos el cuerpo de aquella muger tan llorada volvió á unirse con la tierra de que fué formado. Augusto quiso acompañarlo con su último ósculo á la urna funeraria que le habíamos preparado; pero tuve fuerzas para apártarle del intento criminal á que lo esponia su amor sublime!.....

Treinta días iluminó el sol nuestros pasos á través del desierto, prosiguió Trinidad.

Nos apartabamos de los lugares que vieron las primeras sonrisas de mi esposo.

Quejumbroso como el canto de la calandria, fué el adios de Augusto á los sitios en que se crió.

Mas melodiosas que las arpas celestiales resonando en medio del silencio de las sombras, fué su oracion al pié de la cruz que defiende del olvido é indiferencia las cenizas preciosas de nuestra cara madre—

Al cabo de aquel tiempo llegamos á esta selva, la que escojimos para el Edem de nuestras caricias.

Estas comenzaron, y la voz de mi amado recobró la dulzura de las auras matinales. Ay, cuantas veces me dijo: Trinidad, son tus palabras para mi corazón, lo que el rocío de las estrellas para la rosa marchita por el calor de la gran lambrera. Tus ojos despiden una luz mil veces mas suave que la de la antorcha de las meditaciones surcando en una noche bonancible los mares encantados del pais de los astros. Tus labios de granada son mi querer, porque veo en ellos los intérpretes de tu amor.....oh, y tus cabellos mas sedosos que el capullo del algodón!..... y tu seno mas perfumado que la corola del azahar!.....y los globos que de él se desprenden mas blancos que el ampo de la nieve y mas dulces que el panal de la abeja..... y toda tú, mas bella que el mundo y tan tier-

na como mi madre!.....Cuanto te amo!
que feliz soy en hacerlo!.....Padre celes-
tial, yo te adoro! Me quitasteis una madre
para colocarla en el reino de las santas, y
lleno de misericordia me disteis un angel pa-
ra compañera y guía en mi sombría horfan-
dad!

Y Augusto hablaba y yo me perdía en
arrobamientos de felicidad!.....horas in-
olvidables, euan pronto pasasteis!



Capítulo V.

Un día que Augusto recordaba enter-
necido mi lúgubre pasado, me dijo.

Hasta ahora Trinidad, no hemos tenido
valor para leer la historia de la vida de mi
madre, quieres leermela? con cuanto gusto
te escucharía!

Ah, mi Augusto, contesté, hace ocho años
que no veo un libro; me parece que leeré su-
mamente mal. ¿Porqué no lo haces tú?

Todo lo haré por complacerte esposa
mia. Mi santa madre gracias á su prodijio-
so ingenio, me enseñó á leer.

Y corrió á la gruta para traer las pági-
nas de que antes os hablé.

Augusto despues de haberlas besado
una y mil veces, leyó lo siguiente.

— Mis Memorias —

“Voy á escribirlas en cuatro letras para dejarlas á mi muerte, al hijo querido de mis entrañas.

“No se las refiero ahora, porque no quiero verle afligido, y mucho menos que maldiga en mi presencia al que le dió el ser.

“Aunque Dios no manda que se honre á los padres, cuando son ellos los autores de nuestra desgracia, creo que debemos perdonarlos. Misericordia, pues, mi Augusto, para los que la necesitan; que cuando tu padre se presente ante el tribunal universal, lleve ese perdon más de sus culpas.

“Nací en 1810 en la ciudad de Montevideo, y hasta la edad de veinte años fui muy feliz. Hija única, era la idolatría de mis padres, á quienes yo correspondía con el mas acendrado cariño. Heredera de una gran fortuna y dueña de hermosas dotes naturales, se presentaron varios jóvenes preten-

diendo mi mano. Mas mis padres me encontraban sin edad suficiente para tomar estado, y yo repulsé á todos porque mi corazón era ya esclavo.

“Habian llegado de Buenos-Aires, recomendados á Papá, D. Domingo de Escosuras y su hijo D. Eduardo. Apenas contaba este veinte cinco años; y su carrera literaria y militar estaba cubierta de flores. Tenia el honor de haber combatido al lado del inmortal San Martín, cuya buena voluntad le granjearon sus talentos y valor. Reunia á este una gallarda presencia y una honradez sin tachar.

“Los dos nos admirabamos respectivamente, y otros lazos que los de la amistad ancianamos nos uniesen; pero la muerte prematura de D. Domingo, cubrió de luto y llanto á las dos familias. Eduardo tuvo que pasar á Buenos Aires, y desde allí me dulcificaba el alma con sus cartas de amor inextinguible.

A los seis meses de separacion recibí a siguiente:—

“Elvira mía: Os escribo esta desde una negra mazmorra en que me han enterrado... No lloreis mi tierna paloma, estoy inocente!... es pero triunfar de las maquinaciones de mis enemigos. Soy soldado de la Libertad, no de caudillos miserables! Sed feliz amada Elvira, estad contenta; pronto me hallaré á vuestrós piés para siempre idolatraros — Eduardo”.

Una gráve enfermedad me costó esta lectura inesperada. En el delirio de la fiebre consideraba á Eduardo presa de los mas horribles padecimientos; le veia tendido sobre un monton de paja, consumido de sed, e hambre y frio; escuchaba sus quebrantados quejidos y oia espirantes mil palabras de dulce fuego, en sus trémulos labios. Tan pronto me parecia verle caminando hácia el patíbulo, como presenciaba la terrible ejecución... rodaba por el suelo su cabeza ensangren-

tada en medio de las aclamaciones salvajes de un populacho furioso y cruel. Ya en fin, me encontraba sobre la fria losa del sepulcro de mi amado, y en noche sombría y helada exhalaba por él mi último suspiro?

“Sin embargo, salvé”.

A los ocho dias con los consuelos de mis padres y la voz de la razon, pude levantarme de la cama.

“Leí de nuevo la carta, y tuve la esperanza de abrazar á mi Eduardo. El era inocente, no temia á sus enemigos, como pues, no salvarse?... pero el tiempo pasaba; un mes que no tenia ninguna noticia suya!... El temor, las dudas, la desesperacion, penas á millares, comenzaron entonces á desgarrar mi corazon!”

“Un dia me hallaba sentada en un banco del jardin; leia y besaba por la milésima vez aquella carta; apretaba contra el pecho el pequeño crucifijo, ante el cual has rezado des-

pues tanto, mi Augusto; y el librito en que hoy escribo estas memorias.

“Un leve esfírrilo me hacia respirar dulcemente la fragancia de las flores.

“La luna aparecia con luz pálida en un cielo claro y sin estrellas.

“Llena mi alma de amargura levanté los ojos del suelo y exclamé soltando el llanto: Eduardo, amigo mio, donde estais! je mis aun en cruel prision! oh mi amado, ya no puedo vivir sin vos!

“En esto veo descolgarse un hombre por la tápia del jardin; quise echar á correr; pero una fuerza irresistible me detuvo. Será él? quién es? me pregunté á mi misma. El hombre se acercó; ya no le conocia, mas alargué el brazo para recibir una carta que traia en la mano.

“Rompí el sello, ví que la firmaba Eduardo y leí ansiosa.

“Adorada Elvira: venid por lo que ten-

“gais de mas caro á Buenos Ayres! te-
“neis aun tres dias deseo admiraros
“hasta mi último instante! El trece de
“Febrero, á las once de la mañana habré de-
“jado de existir”

No pude proseguir. Exánime caí en brazos del desconocido.

II

“Uno de los que habian solicitado mi mano era Octavio Reinel.

“Recien llegado de España gastaba un lujo asiático y se llevaba asi las miradas de las señoritas de aquel tiempo. Triunfaba de todos los amantes, y servia de terror á los padres y maridos. Fué tanta entonces su petulancia, que un dia se atrevió á decir en un círculo de señoras, que la mujer era el animal mas miserable, por su corazon esclavo del dinero, y por su inteligencia tene-

brosa como la misma ignorancia. Yo niña aun, lo abroché, nó; desprecié tan bárbara insolencia. Por desgracia, el *leon* me conoció y cayó á mis plantas rendido de amor; pero yo deseosa de borrar la mancha con que habia cubierto á mi sexo, burlé cuanto quise su loco desvarío.

“Reinel se retiró de casa jurandomé venganza; y llegó la hora en que el infame debía satisfacerla!.....

“Como iba escribiendo, seguia el manuscrito, dijo Trinidad, no pudo concluir la carta terrible de Eduardo y caí sin sentidos en brazos del desconocido.

“Al otro dia al despertar de mi desmayo, cual no seria mi asombro, viendome acostada en el camarote de un bajel, frente á frente á un marinero que movia lentamente el timon! Verguenza!..... estaba sin vestidos,

con el cabello despeinado!..... En medio de mi estupor y sobresalto siento que bajaban á la cámara, miro y, oh sorpresa doble y dolorosa!..... el hombre libertino, el aborrecido y desdeñado Reinel estaba conmigo.

“Señora, dijo saludándome y deslizandopor sus labios una sonrisa de hiena, no podéis figuraros el placer que siento al veros buena..... Anoche he tenido que desnudaros sin vuestro permiso..... perdon, Señora!..... si quiera por mi buen deseo! pues hubiese hecho todo por vuestra salud.

“Como pintar mi rubor virginal, la desesperacion de mi corazon herido con estas palabras mortales!

“Caballero, apenas pude balbucear, me direis porqué estoy aqui! Yo no veo á mis padres!..... y vuestra presencia.

“Así que esteis completamente mejorada, bella señorita, tendré el gusto mas grande en contestaros.

“Ah, Señor, añadí recordando la noche pasada, ya sé cual es el motivo de este viaje: sois sin duda amigo de mi desgraciado Eduardo, y me lleváis para que asista á su suplicio. Gracias, mil veces gracias, podré si quiera morir á su lado!

“No os aflijais, Señora; yo *debo haceros feliz*. Estad segura que dentro de doce horas *cumpliré mi promesa*. Tomad de este cordial y descansad.

“Bebí distraída el vaso que me presentó, porque yo no sé que secreto terror encontraba en los cumplimientos de Reinel.

“La bebida me sumerjió en sueño delicioso é inesperado.

“Mi despertar fué y aun es indecible:

“Cerré los ojos al dulce arrullo de la inocencia, y al abrirlos me encontré en brazos de un hombre! . . . de Reinel! Dejaba de ser virgen. . . .

“Augusto, hijo mio, fuiste enjendrado mi-

serable y criminalmente ¡Dios quiera que no heredes los vicios de tu padre! Para preservarte de ellos y de la cadena ominosa que hacen cargar al hombre, te he traído en mi seno hasta el medio de los bosques. Perfumen sus auras tu tierno corazón!

Mi esposo, añadió Trinidad, llevó las manos á éste y exclamó: Madre idolatrada, al fin conozco los autores de mis dias! . . . La inocencia y el crimen. Preservadme, Dios eterno, del segundo!

Despues de un rato de lágrimas y suspiros siguió leyendo.

“Para qué, ni como escribir, los hechos de infamia y de llanto que se sucedieron? Reinel confesó su perversa traicion haciendo alarde de ella. “Yo querida mia, decia, calumnié á Eduardo y le hice meter á la cárcel. El pobre diablo te escribió mil veces, mas todas las cartas iban á mi poder. Imité perfectamente su letra y te escribí aquella última que tanta

felicidad nos ha proporcionado. Es verdad que siempre corrimos algun riesgo para sacarte desmayada de tu casa; pero, no ha hecho estomas que avivar nuestro amor. Dáme un abrazo mi Elvira. “Y el bárbaro estrechaba á su victima como á una estatua!

“Veinte dias; veinte siglos pasaron así.

“Seguimos nuestro viaje.

“Una noche tempestuosa llegamos á estas costas.

“Favorecido del sueño que pesaba sobre Reinel y la tripulacion no me fué difícil librarme de sus garras.

“Bajé á tierra.

“¡Que importa, exclamé al pisar las primeras escabrosidades del monte, que importa me devoren las fieras! Antes mil veces la muerte, que un beso del que robó mi honor! Carniceros de la selva, sombras de la noche, yo os saludo! Hé aquí vuestro infernal ban-

quete! Prefiero ser pasto del hambre antes que de la lujuria!

“Y así hablando atravesé montes y arroyos, hasta que llegué á una llanura estensa. Miré desde allí el cielo, encontré la luz y derramé lágrimas de consuelo.

“Desde entonces los meses rodaron sobre mí dejándome cada uno de ellos, un tanto mas de resignacion. Al cabo naciste tú, oh, caro hijo mio! Te dí el nombre de mi padre y llamándote y prodigándote el sustento recordaba con melancólica dulzura los primeros dias de mi infancia. Oh, decia besándote este no es el hijo del hombre que me arrebató la paz, el amor y la esperanza; es un compañero que me ha cedido el cielo! Es el querubin de los cabellos de ébano!

“Mis precauciones para esconderte de las fieras eran infinitas. Sin embargo no hubieran sido bastantes si la mano de Dios no nos hubiese protegido. El tigre, el oso,

el leon jamas se acercaron á nuestra indefensa cueva. Tú creciste pues, como el precioso y solitario palmero. A tu sombra olvidaba mis penas. Nuestras conversaciones fueron siempre una continua alabanza del Altísimo.

“Solo habeis conocido una madre. Dichoso tú! Cuando muera explora los bosques circunvecinos. Mi alma buscará contigo la tierna compañera del resto de tu vida. Conozco que mi fin está muy proximo; apesar de los nuevos y verdaderos encantos que he gustado á tu lado, nunca pudo desaparecer de mi corazon el recuerdo de mis padres, de mi Eduardo cuyo fin no sé cual fué, de mis amigas, de Montevideo tambien, primero y único pueblo que mis ojos vieron! Adios placeres, adios por siempre edad inocente!

“Hijo mio, en el cielo volveremos á gozar.”

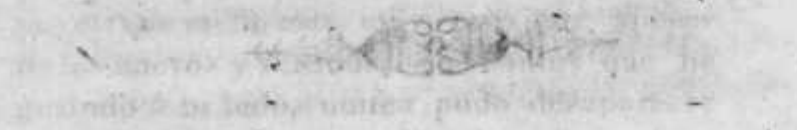
“Dios sea con vos, madre desgraciada! esc lamamos con Augusto.

En seguida tomando Trinidad el hilo de su discurso habló de este modo.



—Dios sea con vos) un día de agosto
con unidos con Augusto.
En seguida tomaba Trinidad el hilo de
su discurso habiéndole estado tocando
la vibración de un hilo de oro.

Solo habia conocido un hilo de oro.
Como en Cuba habia un hilo de oro.
La vibración de un hilo de oro.
La vibración de un hilo de oro.



La luna aparecia de nuevo plateando
las hojas del verde follaje que servia de pa-
bellon á la gruta en que viviamos.
La calma me rodeaba.

El silencio de la noche apenas era in-
terrumpido por los dulces murmullos de los
genios, y la vibracion de unas cuerdas invis-
bles.

La luna aparecia de nuevo plateando
las hojas del verde follaje que servia de pa-
bellon á la gruta en que viviamos.

Capítulo VI.

La calma me rodeaba.
El silencio de la noche apenas era in-
terrumpido por los dulces murmullos de los
genios, y la vibracion de unas cuerdas invis-
bles.

**La luna aparecia de nuevo plateando
las hojas del verde follaje que servia de pa-
bellon á la gruta en que viviamos.**

La calma me rodeaba.

**El silencio de la noche apenas era in-
terrumpido por los dulces murmullos de los
genios, y la vibracion de unas cuerdas invis-
bles.**

**Recostada en un banco de verdura pedia
á mi corazon la expresion de los sentimientos
que le animaban, y él contestó.**

**“Hace un año oh Trinidad, que vieron tus
ojos por primera vez á Augusto. Desde en-
tonces, no encontraste un manantial inagota-
ble de ambrosia? Ambos amais á un Dios lle-
no de bondades, y cuando le dirigis la oracion**

son vuestras palabras como el soplo del silencio embalsamado con el aroma de la pureza; vuestra conciencia lo que una tarde apacible á orillas de un lago y á la sombra de un ombú. Vuestros corazones componen uno solo, vuestras almas están en el cielo; y teneis fija la vista en la virtud esclarecida de vuestros padres. Cada vez que pone la paloma vais á visitar el sepulcro de la madre de Augusto. De allá venis con santos recuerdos y animados de una ternura cada día mas floreciente. Tu esposo busca sabrosos frutos, tú le preparas el bienestar en la cabaña. Dentro de unos instantes sea cercará con el rostro risueño, te trae una pesca, haces la cena, y en seguida camináis al lecho mas delicioso de los mortales:— religion, castidad y amor!"

Oia sonriendo estas últimas palabras, cuando un clamor penetrante y dolorido hizo callar la lira armoniosa de mis pensamientos.

Al punto un sudor frio se apoderó de mi cuerpo, y presté anhelante la oreja esperando escuchar una voz amiga en el grito de dolor.

Ay, no me engañé!... Trinidad! Trinidad! dijo Augusto, ven, que muero!

Un rayo caido á mis pies, me hubieran aterrorizado menos que esta última frase de la vida.

Estaba inmóvil.

Sin embargo nuevos gemidos me hicieron volar con el alma transida de amargura al lugar donde mi esposo luchaba con la muerte. Oh, que triste escena presencié entonces! Augusto tendido en tierra tenía con su sangre preciosa los tallos de las flores que la esmaltaban! Con los ojos entrecabiertos apenas tuvo aliento para decirme: Trinidad, mi blanca paloma un hijo de las fieras ha arrebatado mi existencia..... me encontró á las márgenes del

rio..... pescaba para tí..... y dijo.....
muera este salvaje!..... perdónale Trini-
dad..... no supo lo que hizo..... vive en
paz querida mia!..... yo bajaré de los cie-
los á velar por tu felicidad..... Trinidad..
..... mi amada esposa..... adios!..... tus
padres..... mi madre..... cubiertos de u-
na aureola de gloria..... me llevan al cie-
lo en sus brazos..... adios!..... Tri-
nidad..... yo..... te..... am.....

Sin poder resistir á una emocion tan fuerte é inesperada, prosiguió la huérfana llorando, caí sin sentido sobre los restos inanimados de mi esposo.

La infeliz muger llevó las manos al co-razon como si temiera se le partiese á tan doloroso recuerdo.

Y tambien lloraba:

Pobre jóven, decia entre mi, sin padres, sin su cariñoso amante, sin nadie que la consuele en tan aflictiva viudez. Y anda todavia por la larga carrera de la vida!

Levantando Trinidad la cabeza me dijo: Gracias, gracias oh hermano mio! De que saludable cordial me es el lloro que cae de tus ojos!

—Trinidad, si los robles que te oyen comprendieran tus padecimientos, los mismos robles vertirian lagrimas! Mas prosigue, tengo ansias, perdona hija de Larra, de llegar al infierno de tus pesares!

—Un sol apagado se mostraba por sobre un mar de nubes negro y agitado, siguió ella.

Concluía recien mi desmayo, y creyendo salir de un sueño, busqué amorosa á Augusto para saludarle con el primer beso matinal; pero ay, en lugar de mi esposo llegué á tocar con un cuerpo sin movimiento! Y mi tálamo era un lago de sangre!..... Oh, que agudo puñal traspasó mi alma! Indecible momento, añadió Trinidad, si en solo concebiros se horroriza la esposa, porque bárbaro, formasteis hora en mi existencia!

Despavorida me levantaba para alejarme de aquel sitio de maldición, cuando sentí con terror que una mano me detenía. Temblando dí vuelta la cara, y con gran sorpresa me encontré ante un hombre desconocido y alarmante.

Bañado de lágrimas, desencajadas las facciones y cubiertas con la palidez cadavérica de los dolores, exclamo cayendo de rodillas á mis pies: perdón, perdón!

Quién sois! le pregunté queriendo levantarle.

Un maldito! no me toqueis!... estoy ensangrentado! Perdon, perdon!

Ensangrentado? dije atemorizada por la idea terrible que me sugirieron estas palabras. Desgraciado!... vos fuisteis!...

El que mató al hijo y á la madre sí, yo soy! también vendí la amistad y fui asesino! perdon compasion para un miserable!

Solo los cielos pueden juzgarte des-

venturado! Mas, decidme vuestro nombre?

Mi nombre! ya está inscripto en el libro de los condenados! contestó arrastrándose á mis pies. Soy el padre de vuestro espolo, lo enjendré en el orfemen y ayer le hice cadáver! Tengo..... tengo muchos nombres! me llamé Zorrilla y fui desdichado! Reinel, Urbal y fui criminal.

Urbal! exclamé apartándome de aquel monstruo, Jorge! tú el degollador de mi padre, el que mancilló á mi madre! no, no! no hay perdón para tí!

Oíelos, hoy comienzan tus castigos! Cuan terribles se despeñan los torrentes de tu enojo! Tal vez ya no haya misericordia para mí! Mager, ángel vengador de los manes de vuestros padres, quién sois?

La hija de Larra.

Señor de los mártires basta! gritó aquel hombre huyendo de mi presencia.

Aquel día, oh hermano mio, añadió la

compañera de Augusto, fué el mas cruel de mi existencia. Sombrío, lluvioso y de un frio penetrante infundiera tristeza á un corazón menos enlutado que el mio.

La lobreguez de la noche vino á aumentar aquella soledad espantosa.

Sentada á la entrada de mi cabaña, de la cabaña que dos dias antes me habia oido hablar tan alegre y contenta; estaba ahora desgredado el cabello, enjutos los ojos de tanto llorar; inerte, muda y helada como mi mismo corazón. Y los silvidos del vendabal por entre la selva, los rugidos de las fieras, los bramidos del mar enfurecido. y un muerto á mi lado, eran otras tantas tinieblas donde se ajitaba mi alma envenenada!

Solo uno que otro suspiro mensajero de mis tormentos, partia desgarrador el aire y á Augusto anunciaba que yo acabaria abrazada de sus despojos! pero, Dios no quiso que asi

fuera!
A los cuatro dias llevaba á cuestras al sepulcro de mi madre las cenizas de su hijo.

Allí levanté una nueva cruz! y yo tuve aun que gemir!

Despedazado de dolor abracé á Trinidad. La pobre jóven ocultó en mi seno sus sollozos, y al cabo de unos instantes continuó de esta manera.

Volví á mi hogar. De aquí iba á visitar á aquella triste mansion cada cierto tiempo. Una vez encontré en ella un viejo llorando y golpeándose el pecho con profundo dolor.

Llena de interés me acerqué á él; pero sin atreverme á distraerle de sus pensamientos quedé largo rato oculta tras los sauces de Babilonia que rodean la tumba.

Sí, dijo el anciano con voz de desconsuelo, este es el sepulcro de Elvira y de Augusto!

Dios me ha traído acá para que muera sobre él: . . . Alabado sea tu bondad infinita, oh padre de los afligidos! á mí la más miserable de tus craturas has dejado lavar sus culpas, y que eran tantas y tan grandes! . . . Solo me faltaba besar el polvo que pisa una niña, la joven á quien tanto hice padecer! . . . Larra, Julia, presentadme vuestra hija y abridme con su perdon las puertas de la eternidad! .

—Héla aquí! exclamé yo saliendo de mí escondite y reconociendo en el anciano arrepentido al asesino de mi familia. Mis padres os han oído Urbal.

—Mártires divinos gracias! . . . gracias!! dijo aquel hombre con trémula voz y elevando las manos al cielo. En seguida caminando de rodillas se acercó diciéndome: Angel de ternura, me habeis salvado!! Ahora voy á morir contento.

Levantaos, contesté, la sangre de nuestro Redentor ha borrado vuestros manchas.

—Ya no veo en vos el que despedazó las entrañas de mi padre. . . sino el que contrito y humillado le pide hoy misericordia

—Pronunciais las palabras de una verdadera hija de Cristo, dulce niña, dichosa vos y yo que he alcanzado el amor de los cielos! dejaré al fin tranquilo esta vida; pero antes quisiera que heredase la posteridad un ejemplo de las deplorables consecuencias del vicio En este instante una voz secreta me dice que debo manifestaros mi vida. Día llegará en que un viagero la enseñe al orbe. Oídme hija de Larra.



ellas, su vida es escandalosa y digna de desprecio. Y á la verdad, como vencer las pasiones de la naturaleza? como cumplir con la ley impía del *celibato eclesiástico*? ¡Y cuan merecida es la mofa que hacen los pueblos á los que desde la cátedra santa les fulminan rayos, sin pensar que son ellos los primeros perversos por su mal ejemplo, y por haber renegado de los juramentos que hicieron ante Dios!

El anciano, siguió Urbán, es el estado actual de nuestros sacerdotes, es el único que puede presentarse dignamente como ministro de Cristo; pero debe ser un anciano tan virtuoso como inteligente. Es preciso que el predicador revestido de la aureola sublime de los santos, no grite y amenaze desde el púlpito. Así jamás instruirá ni educará el alma, que es su deber.

Sin embargo, parece que la Iglesia no quisiera ni moral ni luces en sus servidores.

El muchachon que apenas sabe chapurrear el latin, aunque no se halla olvidado aun de escalar los muros del convento, lo haya apto para desempeñar las altas y peligrosas funciones del religioso. Y qué digo! Tambien encuentra al que no pudiendo medrar en ningun negocio, vá á esconderse en una celda maldecido de todos sus semejantes.

Donde están aquellos sabios doctores? Porqué ya no se oyen los cánticos tiernos de aquellos mártires gloriosos!... Yo conocia que me faltaba el alma de los Gerónimos y por tanto que no podria sobrellevar las cargas que solo un privilegiado de Dios es capaz de soportar. Conocia que podria ser un Bossuet, ambicionaba su nombre imperecedero; pero odiaba al mismo tiempo al escandaloso Alejandro VI, y el odio vencía á la ambicion.

A pesar de todas mis súplicas, de todas las razones que espuse á mis padres, ellos

persistieron en su idea y me enviaron á España, á la ciudad de V..., donde fui ordenado.

Al principio mi vida fué ejemplar. Entregado al estudio y á la adoracion del humilde hijo de Maria, gozé sin sentir los dias mas tranquilos de mi existencia.

Ayudado por varias personas de mérito traté de cumplir mi mision sobre la tierra. Abrí un colejio donde reinaba la sana filosofia, en lugar del fanatismo ó de la impiedad. Recorrí las campañas y los desiertos, difundí la verdad y el contento por las chozas, di lecciones de agricultura á los labradores, dulcifiqué el carácter de los hombres, conquisté muchas almas idólatras y volví á casa colmado de bendiciones.

Sin embargo, cuando pisé los umbrales de la puerta, no sé que vacío sintió mi pecho. ¡Porqué no me recibe el amor con sus dulces sonrisas! me pregunté á mi mismo ¡Ay mis padres están muy lejos! mi hermana es

monja; hay un abismo entre los dos! Y porqué no veo la esposa y los hijos que el cielo concedió al hombre...! oh egoismo del corazon humano, al sacerdote romano le habeis prohibido ese amor sublime, que no desdeñó ningun padre de la Iglesia!... Estos fueron mis pensamientos, y fatigado y dolorido caí llorando sobre el lecho.

Toda V... corrió á saludarme. Por la vez primera veia un verdadero ministro de Jesús. Recien llegaba á sus oidos, que el representante del Crucificado debe regar la tierra eternamente con su sangre, y fecundar con suave e'ocuencia el árbol del corazon. Los padres de familia me enviaban sus hijos para que les infundiera las máximas de la moral. Todos querian confesarse conmigo y me suplicaban dijese misas por el alma ó salud de sus parientes. Esto último fué una de las causas de mi desgracia. Los demas religiosos comenzaron á aborrecerme y á pro-

palar dicterios contra mí; pero esto no me importaba, el fruto de mis trabajos era aplicado al alivio de los pobres.

Yo hubiera sido pues feliz si la Iglesia romana no hubiese tenido leyes en contradicción de lo que ordena Dios. Me faltaba una esposa. Deseaba un hijo á quien dejarle el nombre glorioso que había adquirido. ¡Oh, y que buen ciudadano habría legado á mi patria! que madre virtuosa hubiese sido mi hija.

Entre los infelices que habia socorrido era uno el viejo Gonzalez. El cielo le habia dado por hija un ángel tan bello como amable. Arminda tenia un pelo castaño, suave como la seda y ondeado como la mar. Pálido cutis, ojos grandes, negros, apenas animados por el apacible fuego de la inocencia. Lábios granadinos. El brazo, las manos, así como la figura eran hechas á torno. Reunía á todas estas dotes el amor filial mas tierno, una inteligencia despejada y un cariño hácia sus semejantes digno de alabanza.

Esta fué la muger que yo amé; pero la amaba desde lo mas recóndito de mi solitario retiro. Jamas me habia atrevido á revelar-le el secreto de mi corazon. Antes morir, decia entre mí, que robarle un instante de felicidad!

Arminda era una de mis hijas de confesion. Un dia la vi entrar á casa muda y desolada:

—Qué hay, hija mia! le pregunté saliendo á recibirla... Qué teneis, por Dios! Señor, mi padre ha muerto!... Valedme cielos!! exclamó la infeliz, prorumpiendo en opioso llanto.

—Cómo! ... cuando, mi pobre Arminda?

—Le he encontrado hoy en la cama yerto y helado-

—El Señor le tenga en la gloria!... Hija mia, vuestro padre goza ahora de la vida eterna. Los dias que podia haber tenido aun en este mundo hubieran sido tristes y acha-

cosos. Tened algun consuelo mi Arminda. En mí encontrareis desde hoy un hermano, un padre.

—Dios os premie! mas, Señor!... y la jóven derramó lágrimas de nuevo; y ocultó el rostro bajo el manto llena de rubor.

—Qué teneis Arminda?... Abridme vuestro corazon, yo haré lo que pueda por aliviarle.

—Oh, Señor, causa vergüenza y dolor el decirlo; pero es preciso!... Lerte, el padre guardian del convento de mi parroquia, no ha querido darme la licencia para enterrar á mi desgraciado padre mientras no accediese al abrazo que me pedia.

Yo no quise hacerlo apesar de sus amenazas... me ha parecido un hombre infame, indigno de usar el hábito que lleva!

¡Qué responder yo en medio de mi indignacion y sorpresa. Vamos allá; fué lo único que pude decir á Arminda.

Así que llegamos al convento pasé á ver al guardian. Conoci en su semblante y modales que era un malvado hipócrita.

—Vaya una ocurrencia de niña! dijo riéndose; la ví tan desconsolada que le ofrecí un abrazo paternal. No hubo mas.

Salí con esta esplicacion; pero pude observar que Lerte lanzándome á la salida una mirada asesina me juraba eterna venganza.

Gonzalez fué conducido á su última morada, y Arminda pasó á casa de una respetable anciana. Allí iba á visitarla con frecuencia, apesar de sentir mi corazon cada vez mas apasionado en las redes de su inocencia. Ella tambien me amaba. Sus sonrisas, sus ocultas miradas, sus lábios trémulos, su seno palpitante, todo me descubria que era yo correspondido. Oh! vuelve á repetirlo, si á nosotros se nos hubiese permitido casarnos, cuan dichosos no hubieramos sido! cuantas lágrimas, cuantas deshonras, cuantas muertes

no se hubieran ahorrado! Y esto solo en mí. Cuantos hombres no habrán llorado la misma desgracia! Qué de familias buenas, qué de grandes injenios no habrá perdido el mundo! Qué precioso cúmulo de verdades y atractivos le habrá arrebatado á la religion esa ley tenebrosa del *celibato eclesiástico*.

Suponed que yo hubiese nacido con sentimientos comunes. Esa jóven huérfana y abandonada hubiera sido mia. El escándalo estaba dado, la ley pisoteada! y hubiese cometido una insolencia risible el dia que me presentase en el púlpito declamando contra las malas costumbres, Y entretanto, que seria de nuestros bastardos! La desgracia, el desprecio caerian terribles sobre su cabeza! Un manantial impuro sus corazones, la negra hipocresia su corona! Si mugeres, mojigatas; si hombres, recordarian mi buena vida frailuna y... horror! ¿que sérre de maldades y de lágrimas no se seguiria!

Yo pues vivia mártir! Ydolatrabá á la misma que me amaba, y mis deseos, la naturaleza, mi felicidad estaban aherrojados!

Mientras tanto el Guardian tramaba cerca del cardenal de B... maquinaciones terribles contra mi; y por otra parte la calumnia y la intriga formaban á mi alrededor una tormenta horrorosa. Los truenos comenzaban á sentirse con ruido sordo y aterrador. Pronto iba á partir la centella.

Yo ya no veia á mi lado rostros amigos y respetuosos. Un ceño adusto marcaba todas las frentes. Los saludos y besamanos habian concluido como por encanto. En fin saliendo un dia de mis preocupaciones y adormeciendo por un instante el pensamiento de mi angélica Arminda, me encontré con que era un hombre perdido.

Al principio no podia conocer la causa, mas despues de una conversacion que tuve con Arminda pude ver la mano que atizaba

el fuego de las pasiones. A Arminda tambien se la despreciaba. Nuestro amor habia llegado á vibrar por primera vez en sus castos oídos, mas no celestial sino odioso. El Guardian la habia insultado cobardemente ante un público y, desde la cátedra de paz y de perdon!

Me dirijí de nuevo á él para pedirle cuenta de sus palabras; pero me negaron la entrada al convento. Corrí desesperado al castillo del Gobernador, y me pasó otro tanto. Entonces me encaminé triste y pensativo hácia la casa de Arminda. Oh sorpresa, ella no estaba, la habian sacado arrastrando de su habitacion, segun se colegia del desorden en que encontré todos los muebles.

No habia atinado aun á salir de aquella casa en busca de mi amada y de sus insolentes raptores, cuando un ruido de armas en el patio inmediato, me sacó de mi estupor.

En el mismo instante se me presenta un

comisario y en hombre de la ley me arroja como á un bandido en medio de sus alguaciles.

Estos me condujeron á un coche y en él me encerraron: Temian que el pueblo compasivo y siempre grato despreciára las calumnias y me librase de la venganza.

Tres dias que corriamos por la posta, y todavia no sabia donde me llevaban. Ninguno de los guardias que escoltaban el carruaje se atrevia á contestar mis preguntas. Y yo que me veia completamente inocente, no encontraba el motivo de la prision sin ruborizarme de la justicia humana. ¡Y llega á tanto la perfidia de un hombre! esclamaba pensando en el Guardian; porque desde el momento que volví en mí no pude dudar que era éste la causa de mi desgracia.

¡Dios de los debiles, añadia llorando, prevaleced siquiera al ángel mas hermoso de tu reino de la esclavitud que le prepara el fuerte!

Infeliz Arminda, proseguia, tú eres uno de esos seres desdichados para quienes la vida solo está en el cielo. Tendrás que pisar espinas huyendo de la maldad: y cuando ensangrentada y sin aliento creas llegado el fin de tu carrera, una saeta traidora y venenosa prolongará las horas de tus dolores; pero estos acabarán, y la bienaventuranza te espera en un valle de flores regado de rios de esmeralda y de armonia, y asentado á un extremo de los mundos!

Las doce de la noche daba lúgubremente el reloj de la fortaleza de Ham cuando me cargaban de cadenas en uno de sus calabozos. Tribunales de la tierra, donde estabais entonces! ¡Porque remachasteis los grillos de la virtud! No temisteis que al fin, cansado de vuestras injusticias, trocára ésta diosa por las divinidades del infierno!



Capítulo VIII.

Oid, hija de Larra, la narracion de los tormentos y miserias que desde aquella noche me sobrevinieron, y decidme si ella no obraría un cambio horrendo en todas mis ideas.

Hambriento, muerto de sed, negro mi espíritu, penetre por entre la pesada atmosfera de la prision, y caí al suelo postrado por el terror y abatimiento. Veinticuatro horas que no comia ni bebia. Ni preguntar habia podido á mis conductores la causa de esta nueva pena. Despues llegué á saberla. Pasabamos por un territorio en que habia derramado mil beneficios, y temian me salvase de la agonía que se prometian darme. Llegó pues el instante fatal en que debia aspirar el

aire de las amarguras para castigo de los hombres—

La luz del día penetraba recién por un ahugero del calabozo.

Permanecía yo en la misma posición. Tirado en el suelo y devorado por la fiebre. Sentí un ruido de llaves y el carcelero apareció en la puerta de la prisión—

Buen día, dijo entrando y con voz cavernosa. No es el primero, añadió mirándome de reojo y colocando el ayuno sobre una desastillada mesilla, no es el primero que amanece en el lugar donde le colocan. Todos son cobardes! Padeced miserables! y cerró la puerta.

Yo me abalancé hacia ésta y le di unos golpes con el puño.

Abrid! Abrid! exclamé.

El carcelero oyó mi súplica y en el lenguaje compasivo de los de su oficio contestó por el ojo de la llave: Padre, no sea V. loco;

coma y déjese de palabras que jamás escucharé.

Yo sí escuché y comprendí dijo el anciano, todo el horror que encerraban las suyas. Ya no me era permitido hablar, y solo me harían ver en adelante una cretura que tenía más de fiera que de hombre.

Era mi carcelero de estatura regular, gordo y patizambo. El pescuezo tan corto y redondo que parecía tener la cabeza pegada al pecho. Repugnante boca, desgarradas mandíbulas y dientes de javalí. Los ojos pequeños y sumidos bajo unas espesas y cerdunas cejas se asemejaban á dos siniestras lucecillas perdidas en medio de las tinieblas. Un monte de vello amarillento le cubría de tal modo el rostro, las manos y el cuerpo que podía tomarse por un orangutan.

Así que acabó de pronunciar aquellas últimas palabras que tanta desesperación me produjeron, me arrojé de nuevo sobre el sucio pavimento. Hacia una hora que me hallaba

anegado en llanto, cuando el hambre y el instinto de conservación me hizo devorar la sopa de barro que me diéran.

Muchos días pasaron así; cada una de sus horas acibaraba más mi alma. Sin embargo, yo estaba algo más tranquilo, porque gozaba el sosiego del que encuentra razones en favor de la venganza que prepara,

Sin duda, pensaba entre mí, aguarda á Lerte en el cielo la justicia de Dios; mas como corregir en este mundo á los criminales! aterrándoles por cierto en el mismo teatro de sus iniquidades. Para ello es la justicia del hombre; pero, acaso alcanza esta á los magnates! . . . por el contrario, no los protege! . . . nó, lanzemos el rayo exterminador con nuestro propio brazo! Este es nuestro único medio de defensa.

Y cien ideas de sangre que hoy deploro, se agolpaban á mi frente; porque era espantosa la soledad del sepulcro en que vivía, y

sufria mil suplicios cuando traía á la memoria el recto y triste de mi adorada Arminda!

Y diez años transcurrieron, oh hija de Larra, descargando sobre mi ánimo cada uno de sus minutos, el peso formidable de todas las pasiones! Diez años que olvidándome el mundo, no veía sino el rostro antipático de mi carcelero! Y la tristeza y la rabia, y los celos, y el conocimiento de la perfidia humana, de su despreciable justicia, y el silencio de muerte que me cercaba, todo, todo transformé completamente mi modo de ser! Ya no era el amoroso padre Zorrilla sino el enemigo acérrimo de la descendencia de Adán! porque en mi loco desvario culpaba al universo entero de mi desgracia, sin saber que la guerra de los frailes es secreta como el puñal del mas-horquero.

Siempre había tratado de evadirme. Es largo contaros como pude conseguirlo.

A los diez años justos (daba también las doce de la noche el reloj del castillo) me desembarazaba de los grillos y salía de la cárcel; sin más mancha que el deseo de venganza. Pisando la rivera opuesta del lago que circunda á la fortaleza, juré hacer purgar á Lerte su atroz crimen—

Me dirijí á V. oh, cuantas, infamias iba á llorar de nuevo, y el corazón no se me había de volver piedra!

Cuando entré á aquella ciudad, disfrazado con las huellas que el dolor dejara gravadas en mi rostro, la primera diligencia que hice fué averiguar el fin de mi idolatrada Arminda. Todas mis pesquisas salieron inútiles; muchos la habían conocido; pero hacía diez años que no sabían nada de ella. Desesperado de encontrarla, traté de dar con el paradero de Lerte; este acababa de morir.

Impenetrables misterios del Altísimo! siguió Zorrilla, no se permitió apagarse la

sed que tenía, tiñiendo las manos una sola vez, con la sangre de un solo hombre.

Cruelísima mi alma con tantos padecimientos, ansiaba acusar á mi enemigo ante la misma tierra que guardaba sus restos— Con este objeto me encaminé al cementerio.

Era la una de la mañana—

Con apagada linterna penetré por la lúgubre mansion del eterno reposo.

Sobre una lápida modesta leí esta inscripción.

“Aquí yacen las cenizas del muy virtuoso, Frai Vicente de Lerte. Fué Guardian del convento de San Francisco en la ciudad de U. . . . Nació”

Me detuve ante aquella impudente mentira y exclamé indignado: Si yo tuviera que recordaros al mundo, reverendísimo padre escribiría en esa losa: aquí se hallan, oh mortales, los despojos del mas malvado de los hombres. Bajo un exterior modesto come-

tió las acciones mas destestables; el hábito de San Francisco no hizo otra cosa que ocultárselas é inducirle á morir sin arrepentirse de ellas. En el lecho de muerte no olvidó que hacian diez años se consumia una vida sin culpa alguna, bajo un subterráneo fétido y tenebroso. Y así dejó acabar á su victima en mas largo y doloroso suplicio. Recibió el Sacramento Eucarístico encenagado en el vicio y espiró cual un condenado.

Desgraciado, prosiguió con voz severa, y qué hicisteis de Arminda? La dejasteis tambien abandonada en prision infernal? ... ó duerme ya el sueño de las virgenes? Un grito desgarrador respondió á mi pregunta. Lleno de espanto creí partia del sepulcro de Lerte ... mas de repente vi salir una muger de entre varios túmulos y dirigirse hácia mí.

—Zorrilla, dijo con el tono del que pisa las gradas de su tumba al fin os encuentro pero, qué distinto estado del que yo pedia á mi Dios!

Arminda, exclamé cayendo de rodillas al reconocer á mi amiga en la recién aparecida, vos aquí! — ó sois el jénio de la que adoro?

—Mirad, y lo sabreis; contestó tomando la linterna y llevándosela á la cara.

Ay, que triste cambio ví operado en todas sus facciones! Arminda era, sí; mas aquella cara divina, en otros tiempos, hoy estaba ajada, ... envejecida! la vista antes tan pura como las brisas de la Pampa, se hallaba ahora amortiguada. ... Tal cual feroz cuando la fijaba en mí. Ella me hizo temblar, sin embargo de no ver otra causa en aquel mudo dolor que un santo martirio.

—Estoy postrado ante la sacerdotiza de Jesús, dije despues de examinarla.

Arminda se sonrió amargamente:

—Zorrilla, dijo, el amor os ciega; observadme bien. Pero viendo que no era capaz de comprenderla, exclamó desesperada:

—Zorrilla, levantaos. Estais hincado delante de una prostituta.

Infeliz muger, qué decis!

La verdad, contestó oprimiéndome fuertemente una mano. Y qué, os parece que la muger es de hierro, que ha nacido con corazón de bronce!.....Escuchad: prosiguió apretándome mas la mano, hubo un hombre á quien yo amé con todo el purísimo fuego de los quince abriles!.....ese hombre me fué robado....y yo gemí en la mas dura cárcel! uno, dos, muchos dias consecutivos entró á visitarme un otro hombre, aborto de los demonios!.....Me amenazó con la muerte de mi amado sino hartaba sus pasiones..... Qué iba yo á hacer!.....libertar del banquillo á Zorrilla, á mi buen protector, á mi dulce y querido amigo, cuan agradable me hubiese sido!.....Vendí mi honor....pero Lerte, añadió despidiendo llamas por los ojos, habia nacido con los vicios del infierno!.....me engañó de un modo infame!.....y la necesidad y la venganza me hicieron correr en busca

de los hombres!.....y ellos tambien abusaron de mí!.....Ah, ah, ah!.....y aun me preguntan quien soy!, no una ramera, pardiez! Ah, ah, ah!

Horrorizado me aparté de aquella infeliz muger. Se habia enloquecido. Su estraviada razon no habia podido soportar mi presencia y el recuerdo de su desgracia.

La hubierais visto disparar por el cementerio, oh hija de Larra, siguió el anciano llorando, tan pronto se arrojaba sobre una solitaria sepultura pronunciando en voz baja palabras inconexas, como se levantaba dando alaridos salvajes, y en medio de su delirio nombraba á Lerte ó á mí, con los bramidos de los mares ó con el murmurio de las fuentes.

La noche lóbrega, la mansion de los que fueron triste é imponente con el silencio de sus cruces hacían mas horrorosa la locura de Arminda.

Despertado el sepulturero á los gritos, salió asustado llamando á los vecinos, los que un rato despues llegaron armados hasta la cabeza é invocando el nombre de todos los santos. Quando vieron á mi pobre amante la tomaron en sus brazos y se la llevaron.

Estrañareis quizá la conducta que observé aquí, presiguió Zorrilla; pero yo habia quedado impassible, y así me acerqué al sepulcro de Lerte. "Zorrilla, dije, buscará tambien un hombre á quien traicionar, un jóven que deshonrar. Los años que él y Arnelinda han padecido en cárceles y lupanares, serán pagados con el tormento de los demás hombres. Esta es mi venganza. A ella me habeis conducido justicia de la tierra, y tú bárbara ley del celibato eclesiástico." Y salí de allí.

A los pocos dias me embarqué para América del Sud. Quando pisé esta tierra tan removida por la planta de los Atilas, la en-

contré ya empapada con el llanto y sangre de los pueblos.

Cumplí mi primer juramento que desgraciadamente vos lo habeis, é hice el rapto de la infeliz, Etriva causando la muerte á Escosuras y á sus padres cuyo último suspiro fué por su tierra hija.

En aquella época apareció Rosas, la vívora más venenosa que se ha arrojado al mundo del taller de Volcano. Tuve con él una entrevista. Le espuse claramente lo que buscaba. El me estrechó en sus brazos, me clamando:

Oh, mi buen hijo, ya veo que nuestra semilla será eterna. Mi sed de sangre jamás saciada me hará morar el reino de Lucifer, es cierto, pero allá mismo me reité de los atormentados y si réemplazo á alguno de aquellos terribles vergudos, que placer no tendré en afligir á los Badi y Trocoso! Bien venido seas, hijo mio. A la matanza de hombres!

y me envió en seguida al lado de los tenientes mas sanguinarios de sus ejércitos.

Yo me estasiaba con los Oribes y Urquizas en el deguello y penalidades de los prisioneros. Tan cobardes como feroces, nuestro verdadero festin era beber el vino en los cráneos de los que apellidábamos unitarios; arrasar sus propiedades y violar sus familias.

Jamas nos veriais mas contentos que cuando ahofeteabamos el pudor de las mugeres, descuartizabamos con dos potros á un viejo achacososo, descarnabamos ó quemabamos á un jóven héroe; que cuando haciamos morir de sed á nuestros piés á cientos de prisioneros, ó entrabamos á un templo cometiendo mil sacrilejos! pero jamas encontrareis una turba de monstruos mas asquerosos y encarnizados que los que bebieron sangre en los Santos Lugares de Rosas, en Pago Largo, en India Muerta, en el Quebracho, en los muros de la Nueva Troya, y en tantos

otros combates de que se horrorizan los cielos, gime la humanidad y espantan á las mismas fieras!

Es el suplicio mas grande que puedo tener, oh hija de mis sacrificados, trayendo á la memoria tantas iniquidades; pero es ésta mi penitencia. Perdoname una otra vez, estrella de los bosques! siquiera por mis padres que murieron de pena al tener por hijo un tigre! por mi Emilia que tambien descendió al sepulcro maldiciendo á su hermano desde el claustro en que se habia soterrado!

— Yo por mi parte dijo la huérfana de Pago Largo, perdoné al asesino de mi familia. Era mil veces mas desgraciado que yo, y no todo por culpa suya sino por los hombres y sus leyes.

Siguiendo la relacion de sus maldades, añadió Zorrilla, que paseando en una embarcacion habia visto á Augusto, y que por gozar de nuevo en la agonía de sus semejantes

le había disparado un tiro. Que con este motivo se acercó á estudiar su despedida de la tierra, y que entrando despues á nuestra gruta leyó las memorias de madre. Aquí le esperaba la cólera divina. El miserable conoció la persona en quien cometiera su bárbaro delito. Un íntimo arrepentimiento le hizo llorar toda aquella noche. Cuando al otro día no pudo encontrar la misericordia que me pedía se internó en las más vastas soledades para ser el verdugo de su humanidad. Se supió pronto lo que había pasado, y exclamó el anciano, estancando mis miembros, pasé semanas enteras sin comer, hasta los valles más profundos, las peñas más altas para entregarme á la oración y á las penitencias... hasta que, al fin, llegando á este sepulcro he creído que ha sonado la última hora de mi vida. Yo he oído un canto en las alturas es de Elvira y de mi hijo avisándome que Dios me ha per-

donado! Bendito seas por todos los siglos, oh Señor de los cristianos! Y el desdichado Zorrilla, añadiendo Trinidad, dejó el mundo concluyendo estas palabras. En el mismo día lo sepulté en el lugar donde descansaban dos de sus víctimas. Ayer saqué las cenizas de todos.

Para qué, hermana mía? pregunté entristecido por tan lúgubre historia.

—Hoy camino, mi amigo, con doscientas familias convertidas á la fé de mis padres, hácia una comarca muy apartada de éstas. Quiero que me acompañen los huesos de seres que tanto he amado; pero ay, en vez de llevar los de mis padres que puede estén blanqueando ahora en los yermos campos de Pago-Largo, cargo con los de su matador.....Adios hermano! prosiguió la huérfana abrazándome.

Adios, Trinidad! contesté yo lleno de dolor y abatimiento.....

**—Al poco rato me dirijí al buque—Escri-
bí la historia que acababa de oír. y hoy la doi
al público, pidiéndole de nuevo: compasion
para mi humilde trabajo—**

... dolor y abatimiento. ...
Abios Trinidad! contesté yo lleno de
aprazamiento. ...
... A Dios hermanas! la hereditaria
fago-largo, cargo, en un matador
blanqueando ahora en los campos de
de llevar los de las pautas que puede están
res que tanto he amado; pero ay, en vez
Quiero que me acompañen los hijos de se-
hacia una comarca muy apartada de estas
familias convertidas en la de mis padres.
—Hoy camino, mi amigo, con doscientas
trecho por tan lúgubre historia, con una
Para que hermanas! pregunté entris-
Ayer saqué las cenizas de todos, con el
que donde descansaban los de sus víctimas.
En el mismo día lo sepulté en el fu-
dad, dejó el mundo.

